

PALABRAS DEL RECTOR DE LA UNAM, DR. JUAN RAMON DE LA FUENTE, ANTES DE TOMAR PROTESTA A LOS NUEVOS INTEGRANTES DEL CONSEJO UNIVERSITARIO, DURANTE LA SESION EFECTUADA EN LA ANTIGUA ESCUELA DE MEDICINA.

Junio 21 de 2000

Honorable Consejo Universitario:

Antes de tomar la protesta de ley a los nuevos integrantes de este Consejo, quisiera aprovechar para darles la más cordial bienvenida y compartir con ustedes algunas reflexiones que me parecen oportunas.

El Consejo Universitario es, junto con la Junta de Gobierno, el Patronato, los Directores de Facultades, Escuelas e Institutos, los Consejos Técnicos y el Rector, una autoridad universitaria legalmente constituida. A este Consejo corresponde expedir las normas y disposiciones generales encaminadas a la mejor organización y funcionamiento técnico, docente y administrativo de la Universidad; conocer de los asuntos que, de acuerdo con las disposiciones generales, le sean sometidos, así como las demás facultades que la Ley Orgánica de la Universidad le otorga.

Formar parte del Consejo Universitario implica una distinción y también, una grave responsabilidad. Nos toca a todos los que participamos en él, fortalecerlo, defenderlo y colaborar para que pueda seguir cumpliendo con las delicadas tareas que la Universidad

le tiene encomendadas. Estoy cierto que, con la incorporación de los nuevos consejeros, este Órgano de Autoridad se revitaliza para darle continuidad a una de las mejores tradiciones universitarias: la de la discusión libre de las ideas en un ámbito de respeto y de tolerancia. Sean todos ustedes bienvenidos.

Desde nuestra última reunión, el pasado mes de abril, han sido muchos y muy diversos los acontecimientos en la vida de nuestra institución. Lo más importante, a mi juicio, ha sido la restauración de la vida académica e institucional. Estamos por concluir un semestre largamente esperado por cientos de miles de estudiantes y decenas de miles de maestros; los trabajos de investigación se desarrollan normalmente en los institutos y centros; las actividades culturales, que tanto nos acercan a la sociedad, han vuelto a abrir sus puertas a un público ávido que llena sus espacios semana tras semana. Lo mismo puede decirse de las actividades deportivas y recreativas; del intercambio con decenas de instituciones nacionales e internacionales, y de los numerosos cursos, talleres, seminarios, simposios, exposiciones y coloquios de todo tipo, que han vuelto a darle vida y presencia a nuestra institución.

Baste con señalar que, en estos meses, se han impartido en nuestra universidad, en promedio, 25 mil clases al día, se han realizado

cerca de 8 mil exámenes profesionales y se ha editado, en promedio, un libro por cada día transcurrido desde entonces. Tal es la vitalidad en nuestra institución, su grandeza y su insustituible función en la vida nacional.

Por ello es necesario reiterar, una vez más, nuestro compromiso con la Universidad y con lo que todo ella representa: la educación pública, la investigación científica y humanística, la difusión de la cultura y el conocimiento al servicio de la sociedad que la auspicia.

El camino recorrido no ha sido fácil ni ha estado exento de problemas. Unos han sido inherentes a la propia dinámica institucional; en tanto que otros, han estado sujetos a la vicisitudes de la vida nacional en la que estamos inmersos.

El grave conflicto que paralizó la vida institucional durante largos y onerosos meses y que atrajo poderosamente la atención de los medios de comunicación, va gradualmente cediendo el paso a la voluntad de la comunidad universitaria que hoy reconoce, junto al trabajo académico que cotidianamente realiza, la necesidad imperiosa que tenemos de transformarnos, para ser mejores, para superar rezagos, para consolidar nuestro liderazgo y reafirmar nuestro prestigio. Pero que reconoce también, que esa

transformación tiene que darse en el marco de una participación democrática, incluyente, respetuosa, en estricto apego a la legislación universitaria. Un cambio y una reforma que no subordinen lo académico a factores coyunturales o a intereses políticos ajenos a la institución.

Para avanzar en la Reforma es necesario dejar atrás la intransigencia, la provocación y la violencia. La Universidad tiene que ser el espacio idóneo para la discusión, el debate y el análisis riguroso del pensamiento que enriquezcan la vida institucional y nacional.

Por eso, hemos lamentado y seguiremos denunciando las expresiones de intolerancia, los insultos y las agresiones de las que han sido víctimas algunas autoridades universitarias, diversos miembros de nuestra comunidad y otras personas, que nos merecen el mayor respeto, y que han acudido a la Universidad, de buena fe, a someter al escrutinio de los universitarios sus ideas que, en todo caso, favorecen la participación social en la vida democrática de nuestro país.

Por eso también, hoy reitero ante ustedes mi convicción de que la Universidad es y debe seguir siendo una casa abierta y respetuosa a

todo aquél que tenga una idea que esgrimir, un planteamiento que hacer o una verdad que defender, estemos o no de acuerdo con ellos.

La Reforma Universitaria la debemos diseñar, realizar y consumir los universitarios. En ella habremos de revisar todo lo que a nuestro juicio merezca revisarse. Sin prejuicios, sin ataduras, sólo con el compromiso de anteponer los intereses de la institución a los intereses individuales o de grupo.

A partir de mis reuniones con prácticamente todos los integrantes de la comunidad universitaria, y después de escuchar sus puntos de vista, quedé convencido que la Reforma era necesaria y representaba, al mismo tiempo, la gran opción para resolver el conflicto en sus raíces y generar un mejor modelo de universidad pública con verdadera trascendencia en el ámbito educativo y cultural de nuestro país. A lo largo de estos meses he esbozado en diversos foros los grandes trazos de la Reforma, con el ánimo de convencer, de persuadir y de estimular la discusión y la participación de la comunidad en este proceso.

Pero ha ocurrido que, estando superada la parte más aguda del conflicto, han vuelto a surgir voces que se oponen a la Reforma y se han encargado de distorsionar sus propósitos y sus objetivos.

Surgiendo de posiciones disímboles tal parece que, los extremos vuelven a tocarse.

Debe quedar claro: la Universidad no va a privatizarse, ni a desmembrarse, ni a subordinarse a oscuros intereses. La Universidad seguirá siendo pública, autónoma y nacional. La Reforma será para fortalecer esas características, no para desvanecerlas. Para fortalecer su carácter público, la Universidad requiere de un mayor subsidio y para reafirmar su autonomía, de un mayor rigor académico, porque esto es lo único que realmente le puede conferir una mayor autoridad.

El instrumento que los universitarios hemos escogido para realizar la Reforma es el Congreso Universitario. En estos últimos meses hemos tratado de superar, uno a uno, los múltiples obstáculos con los que se ha allanado el camino hacia el Congreso.

Hemos dado muestras reiteradas de nuestra disposición al diálogo, a escuchar todas las propuestas que se han presentado y a tratar de avanzar en la construcción de un nuevo consenso que permita definir, con mayor precisión, los mecanismos y las formas para dar los pasos subsecuentes.

Hemos cumplido cabalmente todos nuestros compromisos hasta el límite de nuestras posibilidades y de nuestras competencias, en estricto apego al marco jurídico que nos rige tanto dentro como fuera de nuestra institución. Hemos hecho todas las gestiones necesarias para que los universitarios detenidos pudieran alcanzar su libertad. Se retiraron todos los cargos, se aportaron todos los elementos que fueron necesarios y se reiteró nuestra petición para el sobreseimiento de las causas penales relacionadas con las denuncias presentadas por la Universidad. De todo ello existen pruebas.

Es necesario seguir hacia adelante, no perder el rumbo, entender el grado de dificultad y los márgenes estrechos por los que la Universidad ha transitado en estos meses para valorar, en su justa dimensión, el gran esfuerzo colectivo que los universitarios hemos realizado y con ello afirmar nuestra confianza en la Universidad. Los grandes cambios, las transformaciones radicales en las universidades sólo han ocurrido después de las grandes crisis. Ésta es nuestra oportunidad.

“POR MI RAZA HABLARÁ EL ESPÍRITU”